



LOS GUERRILLEROS ROJOS  
DE EXTREMADURA

# CINCO MUJERES ROJAS

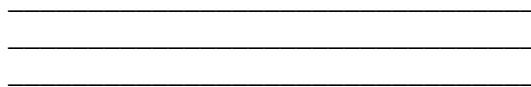
TERCERA NARRACION



## **LOS GUERRILLEROS ROJOS DE EXTREMADURA**

Ocho narraciones históricas, por LÁZARO

- 1.<sup>a</sup> La bandera roja.
- 2.<sup>a</sup> El castillo de la Zagala.
- 3.<sup>a</sup> Cinco mujeres rojas.
- 4.<sup>a</sup> El ataque de los «nacionales».
- 5.<sup>a</sup> Los lobos.
- 6.<sup>a</sup> Sierra de Monsalud.
- 7.<sup>a</sup> El tren de los italianos.
- 8.<sup>a</sup> Un molino junto al Guadiana



## **TEATROS DEL FRENTE**

**COMISARIADO GENERAL DE GUERRA  
SUBCOMISARIADO DE PROPAGANDA**

## CINCO MUJERES ROJAS

La vida de los guerrilleros del castillo de la Zagala había ido adquiriendo condiciones más humanas. Ciento cuarenta hombres forman casi un pequeño pueblo.

El sargento Morales se desvivía por dar organización militar a aquella fuerza heterogénea, compuesta de jóvenes y de hombres adultos, de campesinos curtidos en la sobriedad y de trabajadores menos hechos a la vida dura. Flores cuidaba celosamente del aumento de las pjaras y del almacenaje de víveres. El «Teto» se escabullía entre los cortijos, hasta las primeras casas de los pueblos; aquí le dejaban cien panes en un "sitio convenido, allí una madre o una viuda le llevaban azúcar o sal, en memoria del hijo o del marido asesinados; más allá le esperaba un pastor para contarle el último crimen de Agustín Ramos. El «Morao», entre tanto, fundía el plomo en cacerolas, hacía balas y balines, rellenaba de pólvora

o dinamita las huecas bolas de bronce o de latón de las escaleras y de las camas de hierro de los cortijos.

Pero lo que metió una llamarada de calor en todos aquellos corazones de hombres buenos fué la llegada de la anciana campesina Remedios Morgado y otras cuatro mujeres. Todas llevaban luto en el alma; todas vestían de negro. Llegaron al atardecer. Los guerrilleros que estaban de atalaya las vieron salir de entre una mata de alcornoques y dieron el alerta. «¡Mujeres, son mujeres!» El grito corrió como una exhalación por el castillo y por los chozos que formaban campamento en su explanada. Todos se asomaron al mirador de los precipicios y otearon anhelantes el camino. «¡Mujeres, mujeres!» Estas se detuvieron como indecisas; una de ellas se adelantó, metió la mano en el corpiño, la elevó luego sobre su cabeza y agitó como un airón una cinta. «¡Roja!», clamaron ciento cuarenta voces varoniles.

Sí, era roja la cinta con que las recién llegadas saludaban a los guerrilleros. El «Teto» se precipitó a su encuentro. Saltaba por los canchales como una cabra montés, se descolgaba por las quebraduras de las rocas, se deslizaba con las posaderas sobre los sitios resbaladizos. «¡Rojas, rojas, son rojas!», balbuceaba, y sus pupilas penetrantes hacían un desesperado esfuerzo para dibujar en aquellos rostros, esfumados todavía por la distancia, los rasgos de su compañera cautiva. Llegó a sus oídos

una voz temblorosa, implorante que parecía el balido de una oveja descarriada o el llanto de un recién nacido: «¡Camaradas... camaradas...!» Correa acortó la distancia: «¡Muchachas!», pero se corrigió en seguida y balbuceó: «¿Dónde vais, compañeras?» Se corrigió porque una de las mujeres era una anciana de facciones amasadas por el



sufrimiento y vientre abultado por dieciséis preñeces, y porque la jovencita de la cinta roja llevaba la cabeza rapada como un quinto. «Venimos donde los rojos del castillo de la Zagala. Tú eres de ellos, ¿verdad que sí, hermano?» A Correa se le atragantó el habla con el recuerdo de su compañera cautiva, y dijo, mitad con la cabeza, mitad con la lengua: «Sí..., hermana.» «¡Bendito sea

Dios?», suspiró la anciana, y un coro de llantos envolvió a Correa: «Nos iban a fusilar...; han matao a mí compañero... ; y al mío...; y al mío... Mira cómo nos han puesto...», y las dos más jóvenes le enseñaban sus cabezas peladas al cero. «Cabrones..., hijos de mala madre..., cobardes..., cochinos...» Hacía tiempo que a Correa se le había secado la fuente de las lágrimas. Por un momento creyó que iba a rebrotar otra vez. Sintió humedecerse los ojos, pero en lugar de lágrimas brotaron de su boca insultos: «Cabrones..., hijos de mala madre..., cobardes..., cochinos...»

Las llevó a la cumbre por el sendero más fácil: «Servirlas de comer; lo mejor que haya. Vienen desfallecidas.» Comieron, rodeadas por la mirada fraternal de aquellos hombres endurecidos por la lucha y el peligro. Flores llevó pieles de gamo, de las que servían de alfombra a los señoritos, cojines de seda y una piel finísima para cubrir las espaldas de la compañera más anciana, porque las noches empezaban a refrescar. Oscureció. Las estrellitas del cielo se asomaron para presenciar los fusilamientos de aquella noche. ¿Se verían los fogonazos junto a la tapia de los cementerios a las doce? ¿Aullaría sobre su presa Agustín Ramos, el lobo, a las dos de la madrugada? ¿O esperaría a que el alba corriese su telón de luz para que sólo gozase del espectáculo el lucero matutino?

Antonia, hija de Remedios y madre de Maruja, la de la cinta encarnada, hizo el relato de sus desgracias. Los Guerrilleros Rojos bebían sus palabras, que tenían el amargor de las lágrimas propias, el sabor de la madre ausente, de la compañera cautiva, de la novia vejada y escarnecida. Flores avivaba de vez en cuando la lumbre para sacudirse de la obsesión de aquel hijo mozo que peleaba, defendiendo a Madrid en Paredes de Buitrago, en las filas del Batallón Extremadura; un mes lo tuvo sin inscribirlo en el Registro civil porque el juez municipal se emperraba en que Progreso no estaba en el calendario. Pudo más la terquedad de Flores, y Progreso se llama el mozo. El «Teto» pensaba en su hijito mayor llevando la bandera de Falange y en el bautizo del otro recién nacido, porque ese precio impuso el cura del pueblo por la vida de la madre. El «Morao» no tenía persona viva de quien acordarse y apartaba los ojos de la vieja por miedo a pensar en su madre muerta.

«Las cinco somos familia... Esta es mi madre..., ésta es mi cuñada..., esta mocita es hermana mía..., esta otra es Maruja, mi hija mayor. Cinco hijos más pequeños tengo. Allí han quedao, en la Roca; para no dejarlos huérfanos, con la esperanza de volver a verlos algún día, he huido del pueblo. Me lo mandó a decir Casilda Vadillo, una solterona que se dedica a espía de Falange. Me trajo el recado una vecina: «Que se vaya, que se vaya en

seguida, no sea que sus hijos se queden sin madre.» Yo me resistía; se me hacía duro arrancarme de ellos. Saqué fuerzas y fui a ver a otra mujer que yo sabía que era fascista de influencia: «¿No les basta con haberme matao al marido y a dos hermanos? ¿No se han satisfecho con haber pelao a mi hijita y a mi hermana, las dos mocitas de la familia, paseándolas después por las calles del pueblo entre la befa y las groserías de los señoritos?» Me contestó: «El cabo Esteban dice que va a raer hasta la semilla del comunismo. Vosotras, no lo niegues, sois unas comunistas de lo peor. Estáis en la lista pa fusilar tú, tu madre y tu hermana. Mejor es que os marchéis, como os ha mandado a decir Casilda Vadillo.»

Cuando volví a mi casa me encontré con una orden del cabo Esteban para que pasase por el cuartel con mi hija y con mi hermana. Besé a mis hijos, por si no volvía. En cuanto entramos en el cuarto de banderas vi que el cabo Esteban traía muy negras intenciones.

«Hay pruebas de que en los días que los rojos mandaron en el pueblo te dedicaste a requisar en los comercios.» «Me quieren mal los que le han venido con esa calumnia.» «Villares no miente.» «Villares no se atreverá a decírmelo en mi cara. Mi hombre era de la Ejecutiva de la Sociedad de Campesinos, eso es cierto; no tengo por qué negarlo. Pero aunque éramos aquellos días los amos del pueblo, en mi casa no había una peseta. Fui a

casa de Villares y le pedí que me fiase unas alpargatas y un poco de chocolate. Tres pesetas valía todo. Hubiera podido llevarme trescientas. Y tres mil. Villares estaba asustaíto. Me dijo que hiciese cuenta que no me había



llevao nada, que me lo regalaba. Yo había hecho intención de pagárselo de los primeros jornales que ganase mi marido, aunque éramos los amos del pueblo y los comerciantes estaban con nosotras a qué quieres boca... Que venga Villares; que repita su calumnia en mi cara.»

El cabo Esteban dio un puñetazo en la mesa: «A mí no me contradice ninguna roja.» A sus gritos acudieron guardias y falangistas; el «Chili» se acercó a mi mocita y guiñó el ojo al cabo. Este se atusó los bigotes: «¿Qué dirías si ahora gozásemos de vosotras tres, eh?» Sentí frío en el corazón. «¿Eh, qué dirías?» «De mí..., de mí..., yo no soy ya sino una cosa muerta..., ¡qué más me da...! Pero de ellas..., de mi hija...» El cabo insistió, dirigiéndose a Maruja: «¿Eh, qué dirías tú?...» Mi mocita contestó con voz temblona y débil: «¿Qué diría su hija, que fué conmigo a la escuela?...»

El cabo Esteban soltó una blasfemia; Maruja había soplado en el poquito rescoldo de hombre que quedaba en su alma. «Vosotros, dijo al «Chili» y a los demás, fuera de aquí. Ya habrá tiempo de pensar en eso antes de fusilarlas. Tú, mala pécora, no vuelvas a nombrar a mi hija. ¿Crees que no sé que eres la mayor comunista del pueblo, a pesar de que sólo tienes quince años? Tú llevabas la bandera roja en las manifestaciones, tú vendías la letra de esa mierda de canciones revolucionarias: *La Internacional* y *La Joven Guardia y Bandera Roja*; tú y la maestra ibais a inaugurar la sociedad de mujeres rojas. Pero venimos nosotros. A la maestra ya la he fusilado. ¡Hala!, iros de aquí o no respondo de nada. Ya se las entenderá con vosotras el «Chili», golfas, putas, arrastradas.» Nos echó a empellones del cuartel.

Fui a ver a mi hermano mayor y lo puse al tanto de todo. Mi hermano era hombre que nunca se había ocupado más que de su casa. Se echó a llorar: «Ya no quedamos



sino dos hermanos de tantos como hemos sido. ¿Hay familia más desdichada que la nuestra? Vete, hermana, lo que sea de mis hijos será de los tuyos.» Cogimos algo de comestible y echamos a andar al amanecer. No llevábamos

rumbo fijo; habíamos oído hablar de los Guerrilleros Rojos. Mi hermano me dijo que estabais en el Rincón de la Zagala, pero nosotras no conocíamos el camino. Mi madre se sintió desfallecida: «No puedo más. Volvamos al pueblo; dejadme morir allí. ¿Qué hacemos cinco mujeres perdidas por estas sierras?» Pero yo le dije: «Madre, mucha fuerza me ha costado el despartarme de mis hijos. Si los viese otra vez ya no podría marcharme.»

En esto vimos a cierta distancia a un hombre con una oveja y un borrego. Llevaba el fusil a la espalda. Me levanté para ir hacia él. «Cuidao, hija. ¿Y si es un fascista y nos lleva presas?» Pero yo llevaba mi idea. Era un hombre como de 50 años. «Usted, que parece ser de esta tierra, ¿quiere decirme dónde están los rojos?» Se quedó con la boca abierta, mirándome receloso. «Oiga usted, es por esto. Mi hombre se fué con los rojos por lo que decían que estaban haciendo los fascistas en otros pueblos. Pero en la Roca han echado un bando de perdón para que se presenten los huidos y se pongan a trabajar, seguros de que no les pasará nada. Yo he salido a la sierra para buscar a mi hombre y llevármelo al pueblo.»

El hombre del fusil dejó escapar un grito ronco y me agarró los hombros con sus manos: «¡Mujer, no hagas eso! ¡No vayas! En todos los pueblos han recurrido a esa añagaza para coger a traición a los trabajadores.

¡No vayas, si no quieres perder a tu hombre!» Me eché a llorar. «Bien perdido lo tengo. Me lo fusilaron..., y a dos hermanos... Hombre mejor que el mío, más trabajador, más de su casa y más fiel a su idea no lo había. Toda la noche se le oyó gemir junto a las tapias del cementerio; le habían herido en las dos piernas. Por la mañana lo remató el «Chili». Ahora quieren matarme a mí y abusar de mi hija. Vamos a refugiarnos con los rojos del Rincón de la Zagala, pero andamos descarriadas.» El hombre aquel me señaló este sitio y el camino que nos convenía seguir: «Si esperáis a que entregue estos dos animales; volveré y os guiaré yo mismo.» Parecía un verdadero camarada. Sin embargo, no le esperamos... Nunca sabe una en estos días... Y aquí nos tenéis, para ser útiles a todos los compañeros.»

Mariano Flores se inclinó para atizar la lumbre; no quería que le viesan las dos lágrimas que corrían por su rostro arrugado. El «Morao» carraspeó, para sacudirse la emoción que se le agarraba a la garganta. Francisco Correa miraba a lo lejos en la oscuridad impenetrable de los valles, hacia San Vicente de Alcántara. La noche estaba sumida en silencio. Correa habló al fin:

«Camaradas: Estas cinco mujeres van a vivir de hoy en adelante entre nosotros. Hay que cuidarlas como un espejo. Nuestras madres, nuestras compañeras, nuestras hijas están allí, entre esos cochinos... Nosotros somos

socialistas, trabajadores... Hay que cuidarlas como un espejo»

No dijo más el «Teto». No hacía falta.

Aquella noche durmieron las fugitivas en buenas sábanas de hilo de Holanda, Mariano Flores sacó para ellas lo mejor del ajuar requisado en los cortijos enclavados en la región que dominaban los Guerrilleros Rojos de Extremadura.

FIN DE LA TERCERA NARRACIÓN

**Editado por el SUBCOMISARIADO  
DE PROPAGANDA DEL  
COMISARIADO GENERAL DE  
GUERRA  
Cirilo Amores, 84. Valencia**

**PRECIO: 30 CÉNTIMOS**  
**a beneficio de la formación cultural**  
**del Ejército del Pueblo**